



## LA ENAMORADA DE CRISTO MARÍA JESÚS DE GRACIA

En Córdoba la muy insigne,  
ciudad noble y celebrada,  
ocedió un día de Corpus,  
según las crónicas hablan,  
caso que á leer vais,  
amores míos del alma.  
Después de la procesión  
de demás funciones santas  
que la Iglesia celebra  
del Corpus la fiesta magna,  
el obispo y un canónigo,  
quien platicando estaba,  
del claustro en una capilla  
para dar á Dios mil gracias.  
penetraron. Ya de hinojos  
empezaban su plegaria,  
cuando vieron á una niña  
que era un portento de gracia,  
que pisaba un Crucificado

puesta en cruz y arrodillada.  
Su rostro infantil y bello  
siete años representaba,  
y era su fervor tan grande,  
tan sincera su plegaria,  
su actitud tan recogida  
y tan dulce su mirada,  
que el obispo y el canónigo  
asombrados de tal gracia  
aproximáronse á ella  
y su nombre preguntáronla.  
—Tiene aquí usía, señor,  
siempre obediente á sus plantas  
una esclava á quien mandar,  
de su Dios también esclava.  
—Niña—dijola el obispo,—  
estás muy bien educada:  
¿de quién eres hija, dime?—  
Respondió, la vista baja:



—De mi Señor Jesucristo  
con todo mi cuerpo y alma.

—¡Qué sublime es la respuesta!...  
mas dime: cuando rezabas  
á Dios, ¿qué es lo que pedías  
con tanto fervor y gracia?

—Yo pido que como es día  
que la religión cristiana  
celebra del Sacramento  
las benditas alabanzas,  
me conceda Jesucristo—  
aunque indigna de tal gracia—  
la inmensa de ser su esposa  
en la religión descalza,  
porque eso mi dicha fuera  
y aspira á eso mi alma.

—Pero ¿sabes lo bastante  
para anhelar tan colmada  
corona? Dime, ese Dios  
que tanto adoras y amas,  
¿antes de crear el mundo,  
sabes, niña, dónde estaba?

—Señor, estaba en sí mismo  
todo el poder de su gracia;  
porque Dios no tuvo padre  
ni fué formado de nada;  
antes de todos los siglos  
Dios en sí mismo ya estaba.

—Muy bien; mas, ¿como criado  
fué en las vírgenes entrañas  
de nuestra Madre María?

—Señor, la respuesta es clara:  
de la más preciosa sangre  
suprema y calificada  
de su corazón sagrado,  
Madre de toda mi alma.

—¡Qué escucho!—dijo el obispo,—  
esta niña es cosa rara!

Reune á sus cortos años  
sabiduría tan alta,  
que más que niña parece  
una instruídísima anciana.

¡Oh! el Señor su gracia toda  
sobre esta niña derrama.

Dime, para que Dios baje  
á la Hostia consagrada,  
¿se hacen muchas oraciones?

¿se dicen muchas palabras?

—Con cinco palabras solar  
Cristo de los cielos baja,

y viene á las propias manos  
del que la Hostia consagra.

—¿Y no las sabes tú, niña?

—Bien las sé, pero no es tanta  
mi dignidad, no tenemos  
las mujeres dicha tanta  
para poderlas decir.

—¿Y sabes por qué esa falta?—  
el canónigo la dijo;—

porque sois todas muy malas  
las mujeres, y por eso  
no meceréis dicha tanta.—

Entonces la bella niña,  
al oír tales palabras,  
se sonrojó y sonriendo  
dijo al canónigo:—Basta;

¿sabe usía lo que ha dicho  
con lo que expresar acaba?

¡Despreciar á las mujeres,  
cuando dignas de alabanza  
Dios ha demostrado son!...

¡A su obra más acabada!

—¿Qué dices?—Lo que aseguro  
y lo que, aun de ciencia escasa,  
puedo en breve demostraros,  
si me permitís.

—Sí, habla.

—Pues bien, señor; si yo gano,  
en pago de aquesta gracia  
me ha de dar usía el dote

para ser monja descalza;  
y si yo pierdo, hago voto,  
con el corazón y el alma,  
de rezar todos los días,  
puesta en cruz y arrodillada,  
siete credos, por que Dios  
lleve á los cielos su alma.

—Señor canónigo—dijo  
el obispo,—esto me pasma,  
y es preciso que entre usted  
con esta niña en campaña.

—Lo haré así, porque yo mismo  
absorto estoy de escucharla.

No sólo responde á todo,  
sino que á luchar me llama.

Pero, vamos, dóite el dote  
si en la discusión le ganas.

—Los puntos han de ser cinco,  
porque cinco son las llagas  
de mi Señor Jesucristo.



—Pues bien; empieza, muchacha.

—Ya que he de ser la primera,  
en el nombre de Dios vaya.

Una mujer mereció

que todo un Dios humillara

para que encarnase su Hijo

en sus vírgenes entrañas,

y redimiese á los hombres.

—No es verdad?—Verdad y clara.

Has ganado el primer punto,

pero aun cuatro te faltan.

—Una mujer mereció

que todo un Dios la llamara

Madre mía, muchas veces,

y en cuyas puras entrañas

concebido sin pecado

original fué y sin mancha.

—Qué tiene usted que decir?

—No es verdad?—Verdad y clara.

También has ganado éste.

Tres todavía te faltan.

—Una mujer mereció

que la Trinidad sagrada

en el vientre de su Madre

tres veces la visitara

antes que fuese nacida.

—No es verdad ésta y bien clara?

Pues usía encuéntreme

un varón que gracia tanta

haya nunca merecido.

—Sí, hija mía, hay uno y basta.

—¿Quién es?—San José bendito,

que es el todo de la gracia,

pues entre todas dió flores

su vara aunque seca estaba.

—Eso no me satisface,

ni el punto por ella gana.

Conozco en mi corazón—

prosiguió la niña santa—

que mi señor San José

es el todo de la gracia;

mas ¿sabe usía por qué

altura tan elevada

consiguió? Por recibir

á una esposa tan preclara

que lleva por dulce nombre

María, Madre de gracia.

Con lo cual dejo probado

que la mujer es quien gana.

Y sigamos. Otra vez

una mujer que llamaban

Teresa, y en los altares

hoy se la adora por santa,

mereció que la dijera

todo un Dios: *Si no creara*

*este mundo, por crearte*

*á ti sola le creara.*

Ya ve usted, señor canónigo,

que este punto es verdad clara.

—Espera, espera, que aun puedo

defenderme. Escucha y calla.

Entre los hombres hay uno,

que es el todo de la gracia,

que es San Juan Evangelista.

Este con Dios se acompaña;

fué anunciado con Dios,

y con Dios siempre se hallaba,

siendo su hijo más querido

y pariente por su gracia.

—Sí, señor; mas sepa usía

que altura tan elevada

Dios le dió para que fuera

fiel protector y fiel guarda

de una mujer en la tierra,

para que la acompañara;

con lo cual probado dejo

que la mujer es quien gana.

Decida el señor obispo...

—No, no, hija de mi alma,

tuyo es el punto, y el triunfo

tuyo es también, tuyo.—Gracias,

señor; pero yo quería

que su ilustrísima hablara

y dijera si mis labios

santa verdad profanaban.

—No, no—replicó el canónigo,—

tú has ganado, pero aun falta

un punto, y saber deseo

cómo este punto me ganas.—

La niña se sonrió,

añadiendo estas palabras:

—Habiendo venido Dios

para tomar carne humana

de nuestra naturaleza—

venida tan deseada,—

una mujer dió su vientre

para que Dios encarnara:

una mujer dió su pecho

para que se alimentara;

una mujer dió su sangre



para que Dios se formara,  
y el varón con ser tan bueno  
no puso ni dió á Dios nada;  
y para sacramentarse,  
dos especies ó substancias—  
las mejores que crió  
con el poder de su gracia—  
escogió Dios: pan y vino.  
porque son buenas entrambas;  
y para hacerse Dios Hombre  
del varón no quiso nada.  
¿Qué tiene usted que decir?  
¿No son verdades?—Y claras.  
También has ganado éste,  
y confuso con tu gracia,  
declárote, niña mía,  
la discusión acabada;  
que la has ganado con creces  
y me has vencido.—Pasma  
tal sabiduría—dijo  
el obispo.—Esta muchacha  
es un divino portento,  
y absorto estoy de escucharla.—  
Pero dime, ángel de Dios,  
¿quién es tu maestro? habla,  
que sabio ha de ser sin duda  
quien tal discípula saca.  
—Mi maestro es Jesucristo—  
respondió la niña.—Mi alma  
siempre anhelando saber  
de Dios las verdades santas,  
en la oración y el estudio  
las horas pasaba largas,  
hasta que Dios, siempre bueno,  
ha iluminado mi alma,  
y lo que sé he aprendido.  
Verdades son y tan claras  
que todos saber debieran  
los que cristianos se llaman.—  
El obispo y el canónigo  
á explicarse no acertaban  
en aquella tierna niña  
prodigio de ciencia tanta;  
y confusos convinieron  
en cumplirla su palabra,  
decidiendo desde luego  
á su casa acompañarla

sin detenerse un instante,  
para que la niña santa  
de sus padres el permiso  
obtuviese y colocarla  
en un convento de monjas  
donde su piedad brillara,  
ya que palpable veían  
que era por Dios destinada  
á iluminar con su ciencia  
del mundo las sombras vanas.

Sus padres no se opusieron  
al voto de su hija amada,  
y llorando de alegría  
consintieron que marchara  
al convento que el obispo  
eligió, donde la santa  
criatura fué novicia,  
pero de prendas tan altas,  
que en tiempo oportuno el velo  
tomó, de Dios desposada;  
cumpliéndose de este modo  
sus deseos y esperanzas,  
y dando con su conducta  
honra á sus padres y fama,  
gloria á Córdoba y á todos  
felicidades sin tasa.

Pasaron algunos años,  
y en Santa María de Gracia,  
que es un célebre convento  
de Carmelitas descalzas,  
falleció una religiosa  
á quien tenían por santa,  
al ver su ejemplar conducta,  
conducta sin una tacha;  
y la hallaron de rodillas,  
puesta en cruz muy elevada,  
y un letrado que decía  
con letras de oro grabadas:  
*En amor de Jesucristo  
murió esta dichosa alma.*  
Y por eso desde entonces  
en Córdoba la sultana,  
cuando de esta bella niña  
la historia cuenta la fama,  
afirman que era su nonbre  
**MARIA JESÚS DE GRACIA**

**MADRID.—Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, 11.**